

11.8

APUNTES

PARA LA

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

LA RETIRADA DE CAMARONES



80.527



50.866

LA PAZ

IMPRESA DE LA UNION AMERICANA—J. C. CALASANZ TÁPIA, EDITOR

7 9—JUNIN—9 7

1883

LA RETIRADA DE CAMARÓNES.

LA RETIRADA DE CAMARONES.

Todo mando militar ha de residir en una sola persona, y ésta ha de responder de sus operaciones, estando estrictamente subordinados todos cuantos sirvan a sus órdenes.....

El General a quien se fiare el mando de un Ejército, *no podrá disculpar su conducta con el parecer de sus generales y lo mismo se entenderá con todo oficial que mande cuerpo o destacamento: los consejos de guerra* sobre las operaciones militares, esponen el secreto y desunen los ánimos con la variedad de dictámenes; ordinariamente embarazan al General en sus resoluciones si tiene intento de obrar, y *si él se inclina a la inaccion*, lo suele disponer de modo *que se cubra con ellos su indecision.*—(Artículos 40 y 41, Sección II, Cap. VIII del Código Militar.)

En el N.º 39 de “La Libertad” de Arequipa, hemos visto una correspondencia de esta ciudad que, entre otras cosas, dice lo siguiente: “Daza, en su manifiesto, afirma “ categóricamente, y citando nombres, que dicha cobarda de retirada (la de Camarones) fué decidida en *consejo de guerra*, por unanimidad, habiendo jefes que opinaron porque el ejército boliviano, no solo debía abstenerse de acudir a San Francisco, sino que debía retirar-

“ se hasta La Paz, abandonando al aliado. Ante esta
“ tremenda acusacion, ninguno de los jefes ha contesta-
“ do y levantado la frente para desmentirla, así que de-
“ bemos creer, *que no es Daza el único responsable de*
“ *aquellos desastres*: Como este punto hai muchos que
“ deben ser esclarecidos para que queden en su *ver-*
“ *dadera luz* los hombres y los hechos.”

Creimos que ese punto estaba yá netamente defi-
nido ante la Historia y que no hubiese un solo boliviano
que pusiera en duda la responsabilidad que pesa sobre el
autor de aquel funesto acontecimiento; pero ya que se
cree, o se aparenta creer por alguno, que es una cuestion
todavía por dilucidarse, y como nunca nos parece tarde
para ocuparse de hechos que afectan a la verdad histórica,
vamos a tomarnos el trabajo de compulsar los anteceden-
tes para manifestar de un modo claro, cómo deben apre-
ciarse aquellos sucesos.

En primer lugar, debe notarse que la palabra de Da-
za no puede constituir una autoridad en este orden, tan-
to por la escasa fé que acompaña siempre a los actos de
aquel tristemente célebre personaje, como porque, hallán-
dose sometido a un juicio nacional e histórico por la reti-
rada en cuestion, es parte directamente interesada y es de
suponer que todo su empeño consista en desnaturalizar la
verdad, para salir indemne.

Por otra parte, hai que considerar, que Daza tuvo co-
nocimiento, desde un principio, de los cargos que se for-
mulaban contra él por aquel hecho ignominioso, cargos
que se concretaron de una manera pública en los periódicos
de Tacna y en el “Manifiesto del coronel Eliodoro
Camacho sobre el acto del 27 de diciembre de 1879,” los
mismos que aquél tuvo ocasion de examinarlos, ántes de

su marcha a Europa, y de rectificarlos con oportunidad, en caso de no haber contenido afirmaciones evidentes. Sin embargo solo a los dos años pudo darle curiosa respuesta.

En segundo lugar, era necesario que para dar autenticidad a sus descargos, hubiese presentado el acta del consejo de guerra a que hace alusion en su defensa, pues se sabe que en actos de semejante trascendencia, es de lei y de práctica estender una constancia de los acuerdos celebrados, para deslindar las respectivas responsabilidades. ¿Puede creerse que Daza no se hubiese documentado sobre un acto que le contrariaba, trayéndole inmensa responsabilidad?

Si así no lo ha hecho y si ese documento *no existe*, ni sus aseveraciones merecen ser creidas, no hai motivo para dudar que mas bien el interés de oscurecer la verdad, lo impulsó a prescindir de una comprobacion tan necesaria como esa.

Por fortuna existen miles de testigos y además, el proceso organizado a consecuencia de la lei de 28 de setiembre de 1880 dictada por la Convencion Nacional, que ya formuló su juicio respecto a la conducta de Daza, interpretando el sentimiento de toda la república. En ese proceso figurarán todos los personajes que tomaron una parte activa en aquellos sucesos, y las pruebas que él arroje, acabarán de hacer la luz, para que la representacion nacional, si es que cumple su angusto deber, defina los puntos de acusacion que pesan sobre el que precipitó la ruina de la patria. Ojalá que por primera vez se vea en Bolivia hacerse efectiva la responsabilidad de los grandes criminales, para quienes el sólio presidencial fué un privilegio de impunidad.

Entretanto, fundados solamente en la notoriedad de los hechos que pesan en la conciencia nacional, vamos a llenar la tarea que nos hemos impuesto.

Sería necesario comenzar por el exámen de todos los desaciertos de Daza, que prepararon los desastres del ejército aliado, incluso el de San Francisco y que encañenándose con la famosa retirada de Camarónes, influyeron decisivamente en los resultados ulteriores de la guerra; pero esto nos llevaría demasiado léjos y por otra parte, esos antecedentes son harto conocidos para insistir en ellos. Vamos a concretarnos pues, tan solo, al acontecimiento final que se ha puesto en tela de juicio.

En Arica la noche del 11 de noviembre, tuvo lugar una junta de guerra de pocos jefes, en que despues de muchas consideraciones en pró y contra de la expedicion al Sud, se resolvió por Daza: que el Ejército marcharía solo hasta Camarónes, porque era imposible ir mas allá sin correr el peligro de arruinarlo y perderlo; pues solo se llevaba el objeto de llamar la atencion del enemigo por este lado para que distrajese una parte de las fuerzas con que debía combatir el ejército del Sud. Allí se hallaban el Secretario General doctor José R. Gutiérrez, el General Arguédas, los coroneles Castro Pinto, Nataniel Aguirre y otros que no recordamos, habiendo entrado al último de la sesion el Coronel A. Flóres. (1)

(1) Hablando de esta junta, nos decía el General Camacho, en junio del año pasado: "Solo en Chile, llegué a tener conocimiento de ella por relacion que me hicieron los coroneles Castro Pinto y Flóres. A saber lo que Daza tenía resuelto,

Así pues, Daza jamás tuvo intencion de incorporarse al ejército aliado cuyo cuartel general estaba en Pozo-Almonte, como lo habia resuelto en la junta. Hé ahí la razon por qué dejó en Arica la artillería toda, apesar de tener espedita su movilidad. Contéstenos Daza y los que aparentan creerle: si trataba de ausiliar al ejército aliado, ¿cómo es que dejaba lo mejor de su ejército, la batería krupp, en Arica, y desde Camarónes telegrafaba todavía «*Artillería no venga?*» (2)

Al emprender su marcha de Arica, no tenía pues, mas objeto Daza que engañar, a los que esperaban cumpliera su deber. Y para esto debía amontonar sobre su camino, obstáculo sobre obstáculo, dificultad sobre dificultad, a fin de probar lo *imposible* de la expedicion. Pero como tal disculpa, causase unánime hilaridad, le acobardó expresarla desde Arica ni Arequipa (3) y vió que le era menester buscar otra escusa. Mas, dónde hallarla? En la mas grosera de las mentiras, en una mentira *dazuna* que de pronto no pudo ocurrírsele porque la opinion de la sociedad en que se hallaba, no le permitía, y necesitó estar a millares de leguas léjos de ella, para discurrir en dos años esta original salida. «*Todos mis jefes encabezados por Camacho, me dijeron señalando la cuesta de Cama-*

no habria insistido con tanta candidez en que él y yo pasáramos de Camarónes a Pozo-Almonte, dejando el ejército en ese valle para su descanso.»

(2) Existe orijinal este parte en poder del Coronel don José Manuel Pando.

(3) En Arica recibió Daza el Acta del Ejército y los periódicos de Taena que fundaban la revolucion en la retirada de Camarónes, y en Arequipa el Manifiesto del Coronel Camacho. ¿Cómo es que nada dijo en la amarga carta dirigida al General Montero contra los revolucionarios a quienes acusaba de ingratos y traidores, pero sin atribuirles nunca la retirada de Camarónes que desde Paris les ha acumulado mas tarde? ¿Esto no muestra, que para honra del ejército boliviano no entró de pronto la infamante impostura en esa mollera fecunda para la falsía, con que quiso enlodar a ese ejército que castigando al cobarde mereció las bendiciones de su patria?

rónes, es imposible que por allí suba el ejército.» «Ellos me engañaron, yo les creí, me impusieron su voluntad y les obedecí; se acobardaron y los seguí. Juro ser tal la verdad por Dios y la Virgen Santísima de Copacabana.» (4) Y sin embargo, hai quienes aparentan aceptar tal excusa, por supuesto no por honrar al bribon, sino por manchar reputaciones cuidadosamente conservadas.

A nadie se le oculta que un viaje por el desierto con un ejército en su mayor parte de infantería no podía emprenderse con buen éxito de la manera como lo dispuso Daza. Ni es posible suponer que un capitán como él ignorase los inconvenientes a que estaba espuesta una empresa de esa naturaleza. (5) En efecto, a la primera jornada, se palparon las consecuencias de ese sistema tan estúpido para los que creían que Daza erraba, pero de todo punto conforme con su plan preconcebido: muchos soldados quedaron, ya muertos, ya rendidos, por la sed, el calor y el cansancio.

Escusado es decir, que mientras el infeliz soldado sufría estas penalidades, el Capitán General gozaba de los delicados manjares y licóres con que el aliado se es-

(4) Iguales juramentos le hacía al doctor Frias sobre su fidelidad dos dias antes del 4 de mayo.

(5) Con la primera expedición de fuerzas bolivianas que marchó a Iquique con el General Villégas, repetía Daza a todos de general a tambor estas palabras: "Hijitos, cuidado con marchar de dia por estos arenales; aquí el sol no es como en Bolivia, es mui quemante y el polvo salitroso, causa mucha sed. Viajen siempre de noche." ¡Cómo entonces, seis meses despues, salía de Arica a las 9 a. m. con un sol radiante? Es claro: buscaba la imposibilidad de llegar a Pozo-Almonte. Testigos, todos los de aquella expedición a quienes interpelamos.

meraba en atender al Presidente de Bolivia, (6) pues habia mandado con anticipacion a Camarónes provisiones dignas de la mesa de un noble huésped.

No nos detendremos en narrar todo lo acontecido en esas tristes jornadas hasta la llegada a Camarónes. Una vez allí y en presencia del estado en que se encontraba el ejército, natural era que los jefes que ignoraban lo acordado, manifestasen su opinion de que con semejante manera de marchar se hacía imposible su llegada al punto designado. Pero en vez de buscar los medios de llevar adelante con mejor éxito la empresa, obviando los inconvenientes que se habian tocado, ocurriósele al General, reunir aquel célebre consejo de guerra que hoi le sirve de caballo de batalla para disculparse.

Sabía él mui bien que la mayoría de sus generales y jefes, se hallaba bastante subordinada a sus menores caprichos por el dominio absoluto y despótico que ejercía sobre ellos. (7) Así es que, contando con lo resuelto en

(6) Nadie ignora que Daza vestía en Tacna las insignias presidenciales, con tanto desembarazo como si estuviese aquí, dando lugar a la murmuracion general con que los extrangeros censuraban la suerte de una nacion que así toleraba las irregularidades de un saltimbanqui.

(7) Para marcar el grado de despotismo de Daza, recordamos el siguiente hecho. En Tacna en una noche del mes de mayo de 1879 en el parte de retreta, encargó éste al General Villégas el comando de la division que debía expedicionar a Iquique al dia siguiente. Despues de aceptada la comision y designados los cuerpos que debían marchar, le dice Villégas a Daza:—Bien, mi General, yo marcharé mañana porque ese es mi deber; pero permítame que le haga una breve reflexion.—No admito reflexion, ni observacion alguna, señor General, le respondió Daza con viveza; porque es contrario a la disciplina militar.—Cierto que he hecho mal, mi General, en decirle aquí en cuerpo de jefes; me reservaré pues para decir-lo a solas.—Ni a solas, ni delante de nadie, le permito a U. ni a ninguno hacer oposicion a lo que dispongo. Tengo yo mui buenas inspiraciones; yo sé lo que hago, y hago siempre lo mejor sin necesidad de nadie.—Yo no le hago oposicion, mi General; solo quiero consultarle.—Repito a U. que no admito réplica. Mire U.....mejor será que callemos, porque.....puede U.....*desgraciarse*. Villégas, calló naturalmente.

Ahora bien; el que en Tacna y en momentos ménos supremos que en Cama-

Arica, y con el desaliento de la fatiga, creyó conveniente oír la opinion de sus jefes, de la que en otras ocasiones habría prescindido por completo, en la seguridad que entónces tenía de que iban a ser favorables a su idea. Convocó pues, la reunion y sea dicho en honor de la verdad y de la justicia, pocos, mui pocos se manifestaron inclinados a una retirada que todos la consideraban vergonzosa y fatal.

El resultado de ese consejo, fué pues, acordar que el Capitan General, acompañado de dos edecanes y del entónces Coronel Camacho, que se ofreció voluntariamente, pasasen hasta Pozo-Almonte, quedando el ejército acampado en Camarónes; y que desde allí con conocimiento de la situacion de las tropas aliadas y de las probabilidades del éxito, se resolvería si aquél debía continuar o emprender su retirada.

Por eso, el Coronel Camacho se espresa a la página 14 de su citado manifiesto, en estos términos: “Sin embargo, ni esa tarde, ni a la madrugada del dia siguiente, emprendió marcha el General Daza. A las 9 a. m. del 15 me llamó a la oficina telegráfica, donde me presentó un parte del General Prado, en que le decía mas o ménos estas palabras: “viendo que no puede U. pasar adelante
“ con su ejército, el consejo de guerra que anoche convo-
“ qué, ha resuelto que el General Buendía ataque maña-
“ na al enemigo; siendo por tanto, no solo peligrosa, si-
“ no innecesaria la marcha de U. al Sud.” Entónces su-

rónes, no quería escuchar siquiera la opinion de uno de sus principales generales considerado por él y encargado de un lejano destacamento, ¡pudo escuchar la oposicion de un jefe como Camacho que comandaba apenas treinta jóvenes de la “Vanguardia de Cochabamba,” y a quien le tenía la tirria y prevencion que sabemos todos, sobre nada ménos que operaciones importantísimas encomendadas directa e inmediatamente a su responsabilidad personal?

pe que léjos de decir a Arica en el día anterior, *lo últimamente acordado*, el General Daza se habia escusado únicamente con la *imposibilidad de pasar adelante*. Así se esplica la respuesta del General Prado.”

El conciso y cobarde telegrama *«desierto abruma»* que ha llegado a hacerse histórico, fué pues una invencion esclusivamente suya o cuando mas de alguno de sus aduladores. (8) Es cierto que el desierto abrumaba, pero era porque así lo habia preparado la ingeniosa táctica del Mariscal de Camarónes justamente renombrado con ese título. De lo contrario, era mui practicable el tal desierto, como lo probó ese mismo ejército a su regreso.

Cuando se comunicó al ejército la orden del regreso, causó general sorpresa e indignacion. Los sarjentos del batallon *colorados* se agolparon a la tienda del Capitan General, para pedirle a nombre del cuerpo, llenos de desesperacion y hasta con lágrimas, que los llevasen adelante a compartir de la suerte de sus hermanos. Los jóvenes de la legion se decidieron inmediatamente por destituir al traidor, al cobarde, que así deshonoraba al ejército, y en fin, todos desaprobaron una medida tan inconsulta, tan absurda y tan oprobiosa. ¿Habría sucedido todo esto si la idea hubiera partido de los jefes?

Todo esto ¿qué prueba?

Que la mayoría del ejército estaba porque se continuara la marcha y que léjos de haber influido la opinion de sus jefes y subalternos, en sentido de la retirada, ella se pronunció generalmente en contra.

(8) El doctor José R. Gutiérrez, Secretario General de Daza, se encontraba en aquellos días permanentemente y hasta horas avanzadas de la noche, en la oficina telegráfica de Camarónes, *dirigiendo* y recibiendo partes de Arica; lo cual se halla comprobado con el testimonio del telegrafista de aquella oficina, don Juan E. Ramírez.

Daza por justificar su traicion y su cobardía, no se detiene ni ante la calunnia y la vergonzosa deshonra que pretende arrojar sobre el ejército boliviano.....!

Hai otro incidente que confirma los planes preconcebidos de Daza. Miéntras el ejército volvía sobre Arica, (sin novedad alguna porque se viajaba por parte de noche) Daza avanzó con su Escolta hasta Tana, y los jóvenes de la Legion (entre éstos el Coronel Camacho) que en número de ciento debían seguirle, se quedaron estacionados en Chiza ⁽⁹⁾ ¿por qué? ¡Quién lo creyera! Porque sin reservar las municiones que éstos necesitaban, las hicieron regresar todas a Arica; y fué menester que se ocurriese nuevamente por ellas para demorar la marcha, dar tiempo al tiempo y saber desde léjos la derrota de San Francisco. Esto prueba la gran voluntad que tenía aquél para ver la cara del enemigo.....!!

Cuando se piensa en el influjo decisivo que hubiese obrado en el ejército del Sud, la presencia del nuestro o siquiera del General en Jefe, que hasta entónces era reputado como un *gran capitán*, habiendo tenido tiempo bastante para llegar allí, el sentimiento patriótico se exalta y maldice al mónstruo, que juntamente con su propia gloria, cubrió de lodo la de la causa aliada!

Y todavía tiene el cinismo de disculparse! Y todavía hai quien ponga en duda su responsabilidad tremenda!

Pero concedamos todo lo que él quiere, todo lo que sus defensores exigen:—*que la retirada fué decidida en consejo de guerra por unanimidad.* Y bien ¿qué se

(9) ¿Cómo es que llevaba consigo a Camacho, habiendo sido el opositor a la prosecucion de la marcha? Podía contar para ir adelante con el que lo habia forzado a regresar a Arica?

saca de ahí? Bastará ese pretexto para atraer la absolución del Gran Mariscal?

En frente de los artículos 40 y 41, capítulo 8.º del código militar, con que hemos encabezado este escrito, no cabe ya duda, no cabe excusa, ni disputa posible. No era él un manequí para seguir la opinión de sus generales, y si tenía conciencia de su deber, estaba obligado a reprimir hasta las cobardes sugerencias de sus inferiores, en vez de darles pábulo. El que era más que un autócrata, que fundaba su orgullo en no depender ni obedecer a nadie ¿por qué quiso entonces, únicamente, consultar a sus oficiales? Por qué siguió sus malos consejos, si es que los hubo?

Está pues definida su responsabilidad ante las repúblicas aliadas y ante la Historia.

Por eso, un coro de bendiciones respondió a su caída, que ya era necesaria, inaplazable, porque el *héroe* pretendía volver contra el pueblo boliviano esas armas que no supo llevarlas en su defensa.....

Antes de concluir, creemos indispensable recordar un hecho de importancia.

En los primeros días de diciembre de 1879, en un almuerzo ofrecido por Daza, a que concurren en Arica los señores José R. Gutiérrez, E. Camacho, N. Aguirre, J. Saravia Espinoza, Clodomiro Montes, Diego Iriondo y otros mas, se hablaba con Daza respecto a la insigne *retirada*, y cuando éste confesaba de plano que fué un error suyo, el doctor José Rosendo Gutiérrez, que le servía de

Secretario General, le interrumpió y justificando el hecho, protestó que él *sería el que asumiese toda la responsabilidad por ese acontecimiento*. No era la primera vez que lo decía, pues igual cosa se le oyó en Tacna a su regreso de Camarónes, ya en conversaciones particulares, ya en una reunion oficial de Jefes que, en aquellos mismos dias, tuvo lugar en casa del Cónsul boliviano don Manuel Granier.

Existen los testigos presenciales que hemos citado, y ya es tiempo de que el señor Gutiérrez se explique sobre esta confesion, tanto mas estraña, cuanto que se abstuvo de concurrir a ninguno de los dos consejos de guerra de aquel lugar. Aquello prueba categóricamente que los consejos privados del Secretario General estaban en ese sentido.

A cada cual su responsabilidad.

En resúmen:—

Daza desde Arica, y talvez desde Tacna, tenía resuelto no pasar de Camarónes adelante. Testigos, los que asistieron a la junta de Arica.

Mas, como no todos estaban en el secreto de su plan, fingió dificultades de marcha y juntas de guerra para encubrir su propósito.

Él no era hombre de dejarse imponer con nadie, y ménos con militares subalternos, sobre quienes ejercía altanera dominacion.

Resuelto a regresar de Camarónes, dejó la artillería, elemento principal de todo ejército, en Arica.

No se le ocurrió culpar de este hecho, a nadie en su caída, en medio de los improperios que vomitaba contra todo el ejército; y solo dos años despues se le ocurre tal disculpa.

El ejército boliviano y las tres naciones beligerantes están conformes en atribuir la retirada a Daza, y solo éste devuelve la acusacion al primero.

Sabía Daza, cómo se había de marchar con tropas por aquella region para no rendirla, e hizo precisamente lo contrario para probar la *imposibilidad* de la expedicion que es lo que le interesaba. De Arica salió a las 9 a. m., de Chaca a las 7 id.

Quedándose con la "Legion de Honor" para ir al Sud, envió a Arica todas las municiones, para pedir las despues, y con este motivo demorar su marcha en idas y venidas, de Chiza a Tana y de Tana a Chiza, hasta que pasára el combate. Testigos los jóvenes que marcharon en la primera espedicion y el Coronel A. Aramayo, encargado del parque.

No trasmitió al General Prado lo resuelto en la primera junta de Camarónes, sino aquello de *desierto abrupto*, excusa de su culpable resolucion de contramarchar.

Citamos nominalmente los testigos presenciales de los diversos hechos, y de éstos no recusamos ni al Secretario General de Daza, ni a sus generales de ejército, ni a sus edecanes mas adictos, que habiendo protestado contra la revolucion, se retiraron de Tacna, abandonando sus puestos y cuyos testimonios no podrán ser tachados de parcialidad.

Esperamos la réplica de los que encuentren que en esta exposicion, hemos faltado a la verdad.

La Paz, marzo de 1883.

BOLIVIANOS.
